

La EXILISLA¹

Daniel MAXIMIN

La infancia es como una isla que se deja para abordar un continente adulto. Es lo que siempre termina por un comienzo.

Justo al final de la infancia, dejé mi Guadalupe para llegar a París, el continente en la Francia. Los padres habían decidido sacrificar el paisaje para preparar el porvenir de nuestros retornos adultos en el país. Mi adolescencia transcurrió en el barco durante los catorce días de la travesía, la edad en la que se debate entre lo que uno no estaría dispuesto a perder y lo que se quiere ganar.

Para la historia, no teníamos nada que perder. Generalmente, en las Antillas, se tiene más confianza en el porvenir que en el pasado. Puesto que nuestras islas son una recreación de las inmigraciones del mar y del fin del mundo.

Un país de niños nacidos ya grandes por falta de tiempo para la inocencia desnuda, de niños sin origen por una ausencia de espacio para clasificar sus colores.

Había aprendido muy bien en mis *Contes et légendes des Antilles* (Cuentos y leyendas de las Antillas) y en mi *Histoire locale en images* (Historia local en imágenes) que desde hace cuatro siglos, en la travesía del diluvio caribeño, la muerte no había podido nunca vencer la esperanza, portada en los brazos de hombres y mujeres desnudos arrancados de sus ancestros, adheridos únicamente al porvenir, eligiendo lo nuevo para reemplazar a los ancestros asesinados, descendidos de los infiernos en canoas hacia la mar trasplantando descendencias sobre los árboles del paraíso. Ya sabía yo que la isla había nacido de los éxodos y de la esclavitud, fertilizada por los ancestros que habían llevado su génesis en sus esperanzas preservadas. La Exilisla es al origen ofrenda de renacimiento ex-nihilo, con la condición de llevar siempre su *Désirade*² (*La deseada*) para el inventario de los escombros en la tormenta

¹ El título es una neologismo que traduce la condensación del título en francés L'Exîle: la ex-isla y el exilio. Agradezco a Daniel MAXIMIN la entrega de este texto durante su visita a Costa Rica, en Diciembre de 2015. raducción del francés Ginnette Barrantes. Revisión: Evelyne LINDEPERG .

² Désirade: Además de una isla, es un término de los marineros y un lugar de anclaje para el mal tiempo. Significa también dejar un lugar.

de las ilusiones (*dérades*) impuestas, o por el gozo de derivas soñadas. Al ejemplo de la noche antillana que cada anochece, en el crepúsculo de nuestras cacofonías, dispone fielmente las estrellas -islas del cielo- centelleantes de armonía, el canto secreto de los invisibles sin cadenas bajo los cañaverales.

Desde el primer piso de nuestro pueblo fue donde nosotros aprendíamos el escenario de nuestro mundo de un solo vistazo, desde el horizonte vertical del volcán hasta la desembocadura del mar caribe al fondo del callejón, pero siempre desde distancia de la ventana y del balcón, sin recorrer nunca el camino a pie. Y para los personajes, el mundo subía hasta nosotros, más que nosotros a él. Visitantes, parientes, amigos, clientes de mi madre costurera, vecinos y vecinas desfilaban hacia la casa o pasaban en la calle al alcance de nuestra mirada, sin distinguir, dicho sea de paso, de manera precisa a cada uno según la máscara de la piel o de su traje. Porque desde la infancia, pudiste contar: un, dos, tres, cuatro continentes de origen para cada isla anfitriona del arca del Caribe y también de un lado a otro de tu propia calle. Negros, blancos-nativos o blancos metropolitanos (franceses) e hindúes, asiáticos, mercaderes sirios, constructores italianos, la paleta estaba presente en SaintClaude en toda su extensión, en las chozas antillanas colgadas sobre las colinas del Matouba donde vivían los cultivadores indios inmigrados desde hace un siglo de las colonias de Madras, Pondichéry o Colombo, hasta las villas de La Cité justo antes de Basse-Terre donde estaban conjuntados en el gueto todos los funcionarios europeos; pasando por las residencias oficiales y las mansiones aprovechando el buen aire de la montaña, como era el caso también del hospital, el cuartel y la gendarmería; y después coloreando y dominando el conjunto de su color de sol quemado, la población criolla, en la disposición mezclada de las casas burguesas o de chozas modestas repartidas en toda la comuna. Desde el balcón de nuestro pequeño teatro, entre el volcán del lado del patio interior y la mar del lado del jardín exterior, desfilaban comedias y tragedias, serenatas y sinfonías, bajo nuestros ojos de niños, una vez actores y otras veces espectadores, a medida que también aprendíamos de la vida a interpretar nuestro papel, a descifrar la partitura, a obedecer o no al director teatral, a respetar al unísono el coro y a saber improvisar en un solo.

Para la geografía, yo era lo suficiente maduro para saber que no se mudará la cuaresma y la hibernación de los mercaderes de cuatro estaciones.

Por supuesto, la Soufrière permanecería en su sitio, sin peligrar el olvido de su parte o de la mía. No quería llevarme nada de nuestra preciosa parcela de tierra que el volcán había erigido

fuera de los abismos. A falta de fuego vivo, yo solamente había previsto llevarme una pequeña caja de fósforos llena de su ceniza fértil, así como la piedra de azufre siempre olorosa encontrada y llevada durante mi primera excursión al volcán. Solamente deseaba que la esperara el volcán a mi regreso hasta su próxima erupción.

Desde el primer piso, al nivel del volcán ningún árbol florecido, la pregunta sobre trasplantarlo hacia este tercer piso del pequeño apartamento parisino que nos esperaba, ni siquiera se planteaba, con la promesa de perfumes exóticos de peras y de manzanas francesas. Mangos, naranjas, cocos, guanábanas, manzanas canela, maracuyás, ciruelas de Cythère, mamones chinos: hacía falta imprimir bien en los ojos la imagen de su degustación sobre los caminos de la escuela o de las vacaciones, sus jugos azucarados resbalando sobre los labios y las camisas, aquellos frutos de libertad y de gozo de nuestros árboles demasiado orgullosos para ser domesticados, hijos de nuestros *pied-bois* más aptos para saciar nuestra sed que los robles, los baobabs y las higueras, implantados en los tres continentes de nuestro desenraizamiento. Los insulares no llevan agua, como los nómades no se cargan de arena. Se confiará la isla a la madre-mar-caribe³ para resistir a los ciclones y a los maremotos del Atlántico.

En realidad, ir a París, era como volver allí por primera vez. Al reencuentro de las lecciones de la escuela, de los libros del placer, las tarjetas postales de monumentos que decoraban las chozas de nuestro caserío. Los padres, habiendo decidido abandonar nuestros juguetes, trajeron a cambio los libros, como si entonces hubieran devuelto nuestras lecturas a su escenario original, conservando preciosamente las escasas novelas que nos hablaban de allá como *La rue cases-nègres* (Calle chozas negras) de Zobel, *Bug Jargal* de Hugo y *Gouverneurs de la rosée* (Gobernadores del rocío) de Roumain, más algunos preciosos y pequeños poemarios: *Cahier d'un retour au pays natal* (Cuaderno de un regreso al país natal), *Balles d'or* (Bolas de oro), *Éloges* (Elogios), *Pigments* (Pigmentos)... Las realidades por venir de París, las durezas y las negruras adivinadas no iban a impedir soñar con las buhardillas de los poetas y de los amorosos, pasando por las calles rebeldes de los *Misérables* (Miserables), hasta las travesuras de Gavroche, a los gamines huérfanos sin mesadas, a las alcobas de los mosqueteros, a la habitación de Goriot, a los salones de intriga de Monte-Cristo. Reencontrar también el invierno con la chimenea que no nos fallaría en Navidad, con la nieve sin los peligros del frío, porque nuestra madre, antes de empacar su máquina Singer, había utilizado sus talentos de costurera para hacer a cada uno un abrigo muy caliente, muy gris y aún

3. N de T. El autor hace un juego de palabras entre mar y madre, que es francés tiene la misma homofonía (*mère* y *mer*).

demasiado ancho, puesto que ya tomaba en cuenta que creceríamos en los próximos seis meses que nos separaban de nuestro primer invierno.

Luego el exilio olvidadizo también sabe detenerse cuando tres generaciones se embarcan juntas: siete niños, de trece a un año, un padre y una madre al timón y una abuela para los anclajes; dentro de las valijas; además del equipaje bien ordenado y de los veinte bultos había también un equipaje de dramas y dichas, la gran historia y la pequeña comentada por los adultos en el silencio prescrito en la mesa de los niños, el creole en la memoria fugitiva y el francés de ahora en adelante previsto sin ningún acento, en su defecto, recuerdan los cantos y las danzas en el fondo de los corazones, porque no tendrán los discos y la radio, los buenos y malos recuerdos, el todo entremezclado en los manojos de astillas y de rayos para esclarecer el porvenir.

Como nuestra condición de familia numerosa autorizaba un gran tonelaje, los padres llenaron bultos enteros de lo que iba a ser necesario no para vivir, sino para colorear la vida con todo lo esencial que tenía el gusto de lo superfluo, los olores y los sabores de la isla preservados en grandes recipientes: azúcar de caña, mantequilla roja y polvo de Colombo, harina de yuca, granos para dorar y pimientas confitadas y un río de ron apresado en bombones que a los padres les parecía necesario para la travesía de su Léthé (Leté). Todas cosas buenas que el padre tardó semanas en empacar muy meticulosamente, hasta tarde en la noche, al volver de su oficina.

La mecedora de mimbre de la abuela fue el único mueble del viaje, equilibrio creole precario y delicado de un sofá que sólo necesitaba un punto del suelo para mecer la serenidad. Para recubrir las camas y los divanes, con la proliferación geométrica y el calor colorido de los tejidos de madras. Todo el patrimonio de los bellos e imponentes muebles heredados fue depositado en un garaje vecino y fue enteramente destruido por un ciclón algunos años más tarde.

La víspera de la gran partida para abordar el buque en el puerto de *Pointe-à-Pître* pedí a mi madre que hacía sus últimas compras del adiós en Basse-Terre, comprarme un pequeño silabario en la librería *Chatélard*. Por la noche, escribí sobre la portada *Cahier des oublis* (Cuaderno de los olvidos) con la intención de que me sirviera para anotar todo lo que comenzaría a difuminarse de lo esencial de mi Guadalupe en mi cuerpo demasiado pequeño, con la competencia de aquel próximo continente tan antiguo y tan espacioso. Y anoté sobre la primera página aquel último verso de una bella poesía aprendida en el primer año del colegio

y retenida de memoria, sin saber mucho todavía si ésta debería aplicarse más al porvenir de mi isla de la infancia o de mi infancia de isla: *si nadie piensa en mi, ceso de existir.*

Luego fui directamente a la última página y copié una vez más este poema que acababa de escribir para prevenir el fin de mi futuro éxodo:

*Amo sentir los olvidos surgir del
recordar la mar deslumbrar al sol con
la espuma
la savia del volcán anclar mi portapluma
para que mi exilista un día pueda regresar...*

*J' aime sentir les oblis surgir du
souvenir la mer eblouir le soleil avec
l'écume
la sève du volcan encrer mon porte-plume
pour que d' ex-île un jour puisse bien revenir...*

